



SANTO TOMÁS DE AQUINO,
UN PENSADOR DE
ENCRUCIJADA

POR
SERGIO RÁBADE ROMEO
CATEDRÁTICO DE FILOSOFÍA
UNIVERSIDAD SAN PABLO-CEU

**SANTO TOMÁS
DE AQUINO.
UN PENSADOR
DE ENCRUCIJADA**

Acercarse a un pensador, que es tanto un filósofo como un teólogo, un pensador del que nos separan más de siete siglos, no es tarea fácil. Con frecuencia se despacha a Sto. Tomás como pensador incluyéndolo bajo la rúbrica de un filósofo escolástico, aunque se lo califique como el más eximio representante dentro de la Escuela. Pero el término «escolástica» es un término de casi imposible circunscripción conceptual. Y así tiene que ser si, desde la cronología, hacemos remontar la escolástica a la escuela y el renacimiento carolingios y la extendemos hasta el siglo XV, cuando la arrincona el renacimiento con que se abre la modernidad. Y si, dejando de lado la cronología, intentamos fijar perfiles a la escolástica desde sus diversas corrientes, tampoco avanzamos mucho. Por referirnos sólo a los momentos estelares, obviamente no tiene mucho que ver la escuela Chartres en el siglo XII, rica de un humanismo fuertemente literario, con la especulación metafísico-teológica del XIII. Y en el XIII no es el mismo el estilo de pensamiento en París que en Oxford, sin olvidarnos de Bolonia. Y todo ello sin referirnos a esa palestra de polémicas entre diversas corrientes de la escolástica del XIV.

Por ello, sin olvidar -y, por supuesto, sin negar- la pertenencia de Sto. Tomás al océano de la escolástica, vamos a buscar otras vías de acceso a su figura. Y lo vamos a hacer desde el ineludible imperativo de que, para comprender a un pensador y a un filósofo, hay que comprenderlo desde el contexto en que piensa y filosofa. Esto nos obliga a unas referencias sumarias al siglo XIII desde una triple perspectiva: la situación social, el mundo eclesiástico como la aristocracia intelectual de aquella época y los nuevos horizontes de unas formas del saber que habían entrado en una profunda crisis. Y estas tres perspectivas deben aclararse en obligada referencia a París como centro de gravedad del siglo XIII.

La sociedad medieval dista mucho de ser una sociedad estática, tal como se la califica muchas veces desde la frecuente lejanía de la ignorancia. Traspasado el siglo X como siglo de hierro, la sociedad medieval emprende una lenta evolución en la que el crecimiento demográfico conlleva un progresivo desarrollo económico e institucional que culmina en un nuevo bienestar y en un cierto equilibrio de los diversos poderes en el siglo XIII. Esta nueva situación se echa de ver muy especialmente, como era de esperar, en los núcleos urbanos. Como se ha señalado reiteradamente, el impulso de una nueva burguesía promueve el comercio, el mercado, una fuerte actividad económica. En una palabra, cabe hablar de un nuevo orden social y económico¹.

Ahora bien, esta sociedad, dentro del teocentrismo propio de la cristiandad medieval, contaba con una aristocracia cultural centrada alrededor del clero y de las instituciones eclesiásticas. Y estas instituciones eclesiásticas van a experimentar profundas transformaciones en el siglo XIII. Hay una que, como veremos, nos va a interesar especialmen-

¹ Cfr. L. Genicot, **Europa en el siglo XIII**. Trad. de A. Ma. Mayench. Barcelona, Labor, 1976, p. 246 ss.

te. Cabe resumirla en una frase: la sustitución de los monasterios por los conventos. Si hasta el siglo XIII los monasterios habían sido los grandes focos de la cultura medieval, aunque progresivamente se habían ido sumando a esa tarea escuelas catedralicias y diversos tipos de **Studia** creados en algunas ciudades por diversas instituciones, casi con el estremo del XIII irrumpen con fuerza inusitada los conventos. Obviamente nos referimos a los nuevos núcleos de comunidades religiosas que se constituyen como consecuencia de dos nuevas órdenes religiosas: los dominicos y los franciscanos. Entre las muchas diferencias entre los monasterios y los conventos, nos interesa destacar una: los monasterios estaban, en general, alejados de los núcleos urbanos; los conventos, en cambio, se integran en las ciudades. Las grandes abadías benedictinas sufrieron una crisis «provocada por la falta de adaptación a las condiciones nuevas de la economía», aparte de otras disfunciones respecto del nuevo escenario del siglo XIII².

De las dos órdenes mendicantes nos interesa especialmente la de los dominicos por el especial protagonismo que asume de inmediato en el campo del pensamiento. Sto. Domingo funda una orden orientada a la predicación y a la enseñanza desde el primer momento. Es curioso recoger cómo en las constituciones de la orden se señala que el estudio es «un medio necesario para conseguir el fin especial de la Orden». Y por ello sus frailes se han de entregar de tal modo al estudio **ut de die, de nocte, in domo, in itinere, legant aliquid vel meditentur, et quidquid poterunt, retinere cordetenus nitantur**³. Sto. Tomás fue la más cumplida expresión de esta finalidad de la Orden y con Alberto Magno personifica el protagonismo que ejerció en el siglo XIII.

² O. c., p. 321.

³ Const. 627, 1. Apud G. Fraile, **Historia de la filosofía**, II. BAC, Madrid, 1960, p. 805.

Pero la perspectiva que más nos interesa es la referente a la revolución cultural que, en muchos aspectos, significa el siglo XIII. Si, en un alarde de imaginación, suponemos que somos un estudiante que, tras una preparación considerada como suficiente en algunos de **Studia Generalia** heredados del XII, llegamos a París y que caen en nuestras manos unos cuantos **pecia**⁴ de alguno de los libros de maestros como Alberto Magno o Sto. Tomás, nuestra sorpresa y desorientación serían extraordinarias. Acostumbrados a que la base de la enseñanza sea fundamentalmente S. Agustín, Boecio y algunos gramáticos y, como mucho, algunas referencias a ciertas partes del **Organon** de Aristóteles, encontramos ahora que por las páginas de esos **pecia** empiezan a desfilar nombres casi ignorados hasta ese momento. Si de Aristóteles habíamos oído hablar algo en lógica, ahora el Estagirita invade no sólo ese campo, sino que se hace el dueño casi despótico de páginas de metafísica, de ética, de psicología, de filosofía natural... Y esto no es lo más grave porque a Aristóteles siempre se le había concedido una cierta autoridad y había que perdonarle su disconformidad con el cristianismo, dado que vivió cuatro siglos antes. Lo grave es que en las aulas y en los libros se multiplican nombres de autores posteriores a la institución del cristianismo, cuyas doctrinas son, en puntos importantes, contrarias a los dogmas cristianos. Entre esos nombres destaca Averroes que, además, comparece como el indiscutible título de comentador fiel de Aristóteles. A él se suman otros autores árabes, entre los que destaca Avicena. Y por si esto fuera poco, también son estudiados y citados miembros de la entonces calificada como «pérfida» nación, los judíos, como Maimónides y Avicebrón.

Bastan estos someros datos para darnos cuenta de que algo importante está pasando en el siglo XIII y muy especialmente en París.

⁴ Cfr. J. Paul, *Histoire intellectuelle de l'occident médiéval*. Armand Colin, París, 1973, p. 295.

Estamos, como se ha señalado reiteradamente, en un auténtico renacimiento de la cultura antigua, concretamente de la filosofía. Si en el siglo XII se desarrolla en Chartres un cierto renacimiento de carácter humanístico, en el que, junto a Cicerón, el **Timeo** de Calcidio y S. Agustín, se estudia a los gramáticos y se leen Horacio, Virgilio y Ovidio, en el XIII tiene lugar el auténtico renacimiento de la filosofía griega personificada en Aristóteles, al que se convierte en modelo del filosofar. El Aristóteles empírico va a ser el inspirador de Alberto Magno; el Aristóteles más especulativo lo será de Sto. Tomás.

El centro de todo esto está en París. Cuando, tras la muerte de Sto. Tomás, la Facultad de Artes reclama su cuerpo, denomina a París **omnium studiorum nibilissima civitas**. Y Alberto Magno la califica como **civitas philosophorum**. Las dos expresiones son válidas. París es centro y foco de la cultura y de la ciencia medieval en el XIII. Bien es verdad que en Oxford se atendía más a la ciencia incipiente y que Bolonia seguía siendo difusora del saber jurídico. Pero no cabe olvidar que la reina del saber en la Edad Media es la teología y que la teología necesitaba contar ancilarmente con el servicio de la filosofía. De ahí que en el París del XIII, concretamente en la figura señera de Sto. Tomás, filosofía y teología constituyeran un todo armónico. La filosofía era la encargada de preparar los **praeambula fidei**, al igual que la Facultad de Artes -es decir, de Filosofía- era, para la mayoría de los estudiantes, paso obligado para acceder a la Facultad de Teología. Por eso, frente al poder indiscutible del Papado y al discutido poder del Emperador, la Universidad de París es respetada como un tercer poder resultante de la autoridad que se concedía a las opiniones y dictámenes de sus maestros. Los privilegios que otorgaron a la Universidad parisina papas y reyes son testimonio del reconocimiento de esta autoridad.

En este contexto adquiere todo su relieve la llegada a París en 1252 de un fraile dominico recientemente ordenado sacerdote. Es el

joven Tomás de Aquino. Tiene veintisiete años, pero es ya un universitario con muchos años de estudio a sus espaldas: había estudiado Artes en la joven universidad de Nápoles, pero, sobre todo, había tenido la suerte de seguir, durante tres años, las enseñanzas de Alberto Magno en el Estudio General de Colonia. Esos años le abrieron rutas nuevas en filosofía y teología, pero, además, pusieron los fundamentos de una sólida amistad entre maestro y discípulo, una amistad que dura hasta más allá de la muerte de Sto. Tomás. En efecto, cuando en la condena de París de 1277 aparecen en la lista de proposiciones censuradas algunas que claramente se referían a la doctrina del Aquinate, Alberto Magno, viejo y achacoso, viaja a París para defender la ortodoxia de su discípulo, fallecido hacía unos años.

Tomás de Aquino, como era preceptivo, pasa por las etapas de bachiller bíblico y, luego, bachiller sentenciario, para, en 1256, a instancias del Papa Alejandro IV, ser admitido en el grado de Maestro o doctor en teología.

Ya tenemos al joven Tomás de Aquino en la universidad más importante de Europa y, dentro de esa universidad, en la categoría superior de maestro en teología. Sin embargo, su vida y actividad académica en la universidad de París estuvo muy lejos de ser un camino de rosas. Si se me permite la expresión, me atrevería a decir que el joven profesor acaba de entrar en un avispero. Veamos.

Tres son los factores principales que, en aquel momento de encrucijada de plurales caminos de pensamiento, convulsionan la tranquilidad académica de la Universidad de París: la polémica entre profesores, la dificultad de seguir vías intelectuales que no se derivaran de S. Agustín y, en relación con esto, las polémicas surgidas por la llegada masiva de la obra y doctrina de Aristóteles, arrojadas por diversos autores árabes.

En cuanto a la polémica entre profesores, estamos ante una cuestión demasiado humana: los profesores del clero secular, que habían tenido a su cargo los puestos de enseñanza, ven, de pronto, que sus puestos peligran con la llegada de profesores de la dos órdenes mendicantes. Había que expulsar a estos nuevos profesores, especialmente a los dominicos. No se repara en medios: se promueven huelgas, se agita a los estudiantes hasta el extremo de que llega a haber un muerto en las refriegas con la policía. Se publican libros contra los mendicantes llegando a calificarlos como los precursores del anticristo⁵. ¿Qué hace en estas circunstancias un intelectual comprometido como Tomás de Aquino? Sto. Tomás cree que debe intervenir: está en juego algo importante para la Iglesia y para la Universidad de París, y está en juego el papel que el Papa encomienda a la Orden de Predicadores. Por eso de su pluma sale la obra **Contra impugnantes Dei cultum et religionem**. Se defienden las nuevas órdenes religiosas y su papel en las tareas universitarias. Su postura acabó siendo de aceptación general.

Los otros dos frentes de controversia -la fidelidad al pensamiento de S. Agustín, por una parte, y la recepción de Aristóteles, por otra- tienen un desarrollo paralelo. S. Agustín había venido siendo durante la Edad Media la autoridad indiscutible en el pensamiento medieval, por supuesto en teología, pero también en filosofía en campos tan importantes como en la doctrina del alma o en la teoría del conocimiento. En el siglo XIII esto sigue siendo así, al menos en parte. En efecto, el agustinismo encontró en la Orden franciscana un baluarte de defensa, contando con maestros tan importantes como Alejandro de Hales y, sobre todo, S. Buenaventura. Pues bien, cuando el pensamiento medieval, desde finales del XII y comienzos del XIII, entra en contacto prácticamente con la obra total de Aristóteles, estalla el conflicto.

⁵ J. Paul, O. c., p. 299 y sgts.

Parece que, en principio, la tradición contraria a Aristóteles llevaba todas las de ganar. El ambiente se encrespa. Se suceden prohibiciones y condenas para cerrar la puerta al Estagirita. Así, en 1210, se prohíbe **sub pena excommunicationis** la lectura pública o secreta de los libros de Aristóteles sobre filosofía natural. En 1215, bajo el legado pontificio Roberto de Courçon, se establece: **Non legantur libri Aristotelis de metaphysica et de naturali philosophia nec summe de eisdem**. Y en esta prohibición Aristóteles va acompañado de dos herejes: David de Dinant y Amalrico y, curiosamente, un **Mauricius hispanus**, o **maurus**. Quién sea este Mauricio o moro español no lo sabemos, ya que no tiene justificación identificarlo con Averroes. Las condenas o prohibiciones se repiten en años posteriores. Si somos sinceros, debemos pensar que, cuando tantos esfuerzos se ponen en cerrar puertas a Aristóteles, esto certifica que el aristotelismo estaba ganando la batalla. Dice bien Gilson: «los escritos aristotélicos sobre física o metafísica se infiltran por todas partes y no cesan de ganar terreno»⁶. Obviamente, cuando Tomás de Aquino se integra en puestos de enseñanza en París, la presencia e influencia de Aristóteles tiene categoría de hecho. ¿Cuál va a ser su actitud? Indudablemente, «cristianizar» a Aristóteles, aunque ello suponga una compleja empresa. En efecto, esta empresa tiene partidarios y adversarios. Estos últimos están, según dejamos indicado, en las filas del agustinismo, donde destaca S. Buenaventura. El agustinismo no rechazaba de plano todo Aristóteles, pero, frente a éste, defendía un conjunto de tesis derivadas de la doctrina del Obispo de Hipona, que eran un auténtico dique a la recepción de Aristóteles.

A favor del Estagirita va a estar Sto. Tomás, precedido por su maestro Alberto Magno. Su defensa parte de la afirmación de que en la filosofía de Aristóteles se encuentra un depósito de verdades filosóficas.

⁶ E. Gilson. *La filosofía en la Edad Media*. Gredos, Madrid, 1976, p. 364.

Así lo hace constar Alberto Magno, aceptando que Aristóteles **verum dixit**, y que **natura hunc hominem posuit quasi regulam veritatis, in qua summam intellectus humani perfectionem demonstravit**⁷. Sto. Tomás se entregó con esfuerzo continuado al estudio de esa filosofía cargada de verdad. Aparte de la presencia de tesis de Aristóteles en sus obras más personales, comenta, según el uso medieval, las obras más importantes del filósofo griego, tarea que pudo llevar a cabo con un rigor nuevo, ya que contó con la inestimable ayuda de su hermano en religión Guillermo de Moerbeke, quien le traduce directamente del griego obras de Aristóteles que hasta ese momento había que leer e interpretar de acuerdo con las traducciones del árabe llegadas de Toledo, Palermo, etc., traducciones que en muchos casos no eran del todo de fiar. Debemos, sin embargo, subrayar lo que venimos diciendo: Aristóteles es el maestro en filosofía, porque en teología Sto. Tomás sigue siendo fundamentalmente fiel a las doctrinas de S. Agustín.

¿Se acaban aquí los problemas en este asunto que inquietó la universidad de París durante más de cincuenta años? La respuesta es negativa: como acabamos de indicar, el primer conocimiento de obras fundamentales de Aristóteles, como, por ejemplo, las de metafísica, se obtiene desde traducciones del árabe. Pero no es esto lo más importante: lo más importante es que llegaban apoyadas y comentadas por las obras de Averroes, al que por ello, según dejamos apuntado, se le llama **el comentador**. El deseo de conocer a Aristóteles lleva, especialmente dentro de la Facultad de Artes, a un auténtico entusiasmo por Averroes, naciendo así el averroísmo latino. Algunas doctrinas de Averroes tropezaban frontalmente con el dogma cristiano, como, por ejemplo, la negación de la inmortalidad personal. El intelectual comprometido que es fray Tomás

⁷ Apud Ueberweg/Geyer, **Die patristische und scholastische Philosophie**. 13ª edic. Benno Schwabe. Stuttgart, 1958, p. 351.

no puede permanecer tranquilo y saltará a la palestra con un durísimo opúsculo: **De unitate intellectus contra averroistas (Sobre la unidad del entendimiento contra los averroístas)**. Él conoce e incluso se sirve de Averroes, pero sin mancilla del dogma. Sin embargo, no lo vieron así las autoridades de París: tras estar en peligro de ser condenadas algunas tesis suyas en 1270, en 1277, años después de su muerte, en una masiva condena, aparecen tesis de clara procedencia de Sto. Tomás. Como dejamos dicho, S. Alberto Magno asumió la defensa de su discípulo.

Cuanto llevamos expuesto hasta ahora, de forma extremadamente esquemática, no ha tenido otra pretensión que presentar el ambiente y asomarnos al **humus** intelectual en el cual y desde el cual emerge Sto. Tomás como la figura más relevante del pensamiento medieval. Creemos que ahora podemos estar en condiciones de señalar algunos de los perfiles básicos de esta prominente figura. Apuntamos como fundamentales los siguientes: independencia desde la atención a la razón, el rigor intelectual, novedad y originalidad de su pensamiento, una inteligencia arquitectónica, clarificación de las relaciones entre la fe y la razón. Todo ello bajo el imperativo de fidelidad a la verdad.

Y por este imperativo de verdad hay que comenzar a entender al Doctor Angélico. Éste es el ideal hacia el que conjuran todos sus esfuerzos y quehaceres intelectuales. Lo dejó muy claro en múltiples pasajes de sus obras. Así para él «el estudio de la filosofía no se ordena a saber lo que hayan opinado (**quid senserint**) los hombres, sino a saber cómo se encuentra la verdad de las cosas»⁸. Ésta es su divisa, porque, como nos dice en la **Suma teológica**, «no pertenece a la perfección de mi entendimiento (**intellectus mei**) conocer lo que tú quieres o lo que tú entiendes, sino sólo la verdad que posean las cosas (**quid rei veritas**

⁸ In I de caelo, lc. 22.

habeat)⁹. Y en el capítulo con que se abre la **Suma contra los gentiles** encontramos estas afirmaciones en las que, aparte del ideal de la verdad, está presente el fin apologético que inspira la obra. «Es menester, pues, que el fin último del universo sea el bien del entendimiento. Y éste es la verdad. Por consiguiente es preciso que la verdad sea el último fin de todo el universo...»¹⁰.

De este amor a la verdad y de la irrenunciable fidelidad a ella nace la independencia de su quehacer intelectual: «Al elegir o rechazar las opiniones, no debe el hombre dejarse llevar por el amor o el odio del que introduce la opinión, sino más bien (**magis**) por la certeza de la verdad»¹¹. De acuerdo con el viejo aforismo de que **auctoritas in philosophia non est argumentum**, nos dirá que probar por autoridad no es probar con fuerza demostrativa, sino adquirir una opinión¹². De tal suerte que si algún **maestro** “determina” -recuérdese el sentido técnico de esta palabra- apoyado en simples autoridades, el oyente quedará enterado de que es así, pero se marchará ayuno de ciencia y de saber¹³. Y no le fue fácil mantener esta independencia. Dada la inmensa erudición obtenida con su enorme espíritu de trabajo -se dice que trabajaba dieciséis horas al día- se encontraba con autores por los que sentía un gran atractivo: S. Agustín, Aristóteles, Platón, etc. Según su expresión, había que tratar a todos **reverenter**, pero sin hipotecar nunca el recto ejercicio de su razón. Salvo en cosas de fe, la razón es la guía a la que debemos atenernos. Lo cual no le impide reconocer que cabe recibir ayuda incluso de aquellos cuyas opiniones rechazamos¹⁴.

Uno de los caracteres más destacados del Angélico, carácter que todo lector puede descubrir leyendo cualquiera de sus obras, es un ajus-

⁹ I, q.107, a. 2 c.

¹⁰ **Contra Gentes**, I, I, c. 1.

¹¹ **In Metaph.**, I, XII, lc. 9.

¹² **Quodl.** 3, a. 31, ad 1.

¹³ **Quodl.** 4, a. 18 c.

¹⁴ **In Metaph.**, I, XII, lc. 9.

tado rigor. Nos parece que cabe aceptar en su pleno sentido el elogio que de él hace Cayetano: **Sanctus Thomas semper loquitur formaliter**¹⁵. Así es en la fijación y expresión de las nociones y conceptos, en la exposición de las opiniones o sentencias, en los comentarios. Y, por supuesto, en el lenguaje. El latín de Sto. Tomás, dentro de la degradación y pobreza a que había llegado, es de una extremada austeridad, alejado de todo tipo de adornos que pudieran oscurecer la recta comprensión del pensamiento. Y ello no se debe a que el Aquinate fuese incapaz de un lenguaje de más belleza expresiva, que sí lo era, tal como lo pone de relieve su redacción del oficio del **Corpus**, sino por atención al imperativo de rigor, del que jamás se aparta. Sin que esté totalmente ausente el recurso a la metáfora, es extremadamente remiso en acudir a ellas. El Aquinate es un maestro en el uso de ese latín elaborado por los escolásticos como una especie de metalenguaje de expresión filosófica y teológica.

Este rigor conlleva una elaborada concisión expositiva puesta de relieve en todas sus obras, pero de modo muy especial en su obra cumbre, la **Suma Teológica**, de la que se puede afirmar que no cabe decir más con menos palabras.

Otro de los perfiles es la originalidad y la capacidad de innovación. Cuando frecuentemente se considera a la escolástica como una escuela o corriente de pensamiento uniforme, se está cometiendo manifiestamente una injusticia. Los estudiosos del pensamiento medieval recordarán la frase pronunciada por más de un autor: **veritas nondum est occupata**. Y, si no está ocupada, hay lugar para seguir estudiando y conquistando verdades. Santo Tomás es un conquistador de nuevos ámbitos de verdad, tanto en teología como en filosofía. Esta originalidad

¹⁵ Apud M.-D. Chenu, *Introduction a l'étude de Saint Thomas d'Aquin*. 12^e edic. J. Vrin, París, 1954, p. 98.

aparece incluso en obras que corren el peligro de repetir básicamente lo dicho por otros. Nos referimos a los comentarios. Buena parte del pensamiento medieval se hace al hilo de comentarios de obras consagradas por la historia. Una de las obras comentadas por necesidad curricular en los aspirantes al doctorado en teología eran los cuatro libros de **Sentencias** de Pedro Lombardo. En efecto, el aprendiz de teólogo, supuesta una formación en artes, debía hacerse bachiller bíblico comentando textos de la **Sagrada Escritura**. La etapa siguiente de formación -bachiller sentenciarío- se conseguía comentado la obra de Pedro Lombardo. De casi todos los grandes autores conservamos este tipo de obra. ¿Valor de la misma? Depende de cada autor. Pues bien, en el **Comentario a las sentencias** de Sto. Tomás cabe descubrir, sobre todo en los tres primeros libros, un elenco de conceptos y de teorías novedosas. Como ya había entrado en amplio contacto con la obra de Aristóteles en los años de estudio con Alberto Magno, muchas novedades proceden de esta fecundación de su pensamiento por el Estagirita. Lógicamente, según su pensamiento se va estructurando y consolidando, se acrecientan también las novedades, novedades que él, aun a sabiendas del rechazo con que en muchos casos iban a ser recibidas, no duda en proteger y justificar racionalmente. No nos resistimos a transcribir un texto de Guillermo de Toco, biógrafo, hermano en religión y excelente conocedor de fray Tomás. En el capítulo 14 de su vida del Santo leemos lo siguiente: «introducía artículos nuevos en sus lecciones, descubría un modo nuevo y claro de determinar introduciendo nuevas razones en las determinaciones; hasta tal punto que nadie que le escuchara enseñar cosas nuevas y resolver las dudas con razones nuevas, pondría en duda que Dios lo había iluminado con los rayos de una luz nueva». La impronta de novedad que impuso a la tradición un tanto anquilosada de la Escolástica ha sido tan fuerte, que forzosamente hay que hablar de un antes y un después del doctor Angélico.

Sto. Tomás poseía una inteligencia arquitectónica. Tomamos esta calificación de la **Kritik der reinen Vernunft** de Kant. Efectivamente, en la cuarta y última parte de la obra nos habla de la arquitectónica de la razón pura. Y la define así: «entiendo por una arquitectónica el arte de los sistemas»¹⁶. ¿En qué consiste este arte? En reconducir la pluralidad de conocimientos a la unidad y estructura del sistema. De no hacer esto, nuestros conocimientos, dicho con metáfora de la que gusta Kant, se quedarían en rapsodia. Si no llevamos nuestros conocimientos plurales a unidad, éstos se quedarían en la misma situación en que están los ladrillos en un montón en espera de que se coloque a cada uno en el lugar que le corresponda en el edificio que se va a construir. Santo Tomás, que, como es obvio, no sabía de esta posición kantiana, se vale de un pasaje relativamente similar de Aristóteles, que ciertamente no reclama estructura arquitectónica, pero sí un claro orden de nuestros conocimientos. Traduciendo el **sofoû esti epítáttein**¹⁷ a la expresión latina **sapientis est ordinare**, lo explica así: «la razón de esto se debe a que la sabiduría es la más excelente perfección de la razón, una de cuyas propiedades es conocer el orden»¹⁸. Este orden que se acaba identificando con el sistema se echa de ver en cualquiera de las obras del Santo, pero muy especialmente en las dos Sumas como las más representativas.

Queremos cerrar esta enumeración de perfiles con una referencia sumaria a uno de los problemas más típicos de la cultura cristiana medieval: las relaciones entre razón y fe, o entre filosofía y teología. Este problema venía rodando bastante embrollado, sobre todo por el peso de S. Agustín en la tradición cristiana. El Santo de Hipona había borrado de hecho las fronteras entre la filosofía y la religión. Filosofía y religión

¹⁶ KrV, A 882, B 860.

¹⁷ *Metaphysica*, A. 982 a 17-19.

¹⁸ *In Eth.*, I. I. lc. 1.

son, en el fondo, lo mismo¹⁹. Con esa borrosidad de fronteras llega el tema a Sto. Tomás. Y, por si esto fuera poco, una de las tesis del averroísmo latino hacía de fe y razón dos ámbitos inconciliables con la teoría de la doble verdad. Al intelectual comprometido que es Tomás de Aquino no le era posible abstraerse a este asunto. Cabe incluso decir que el problema está presente en la práctica totalidad de sus obras. Permítanme unas breves pinceladas. Por supuesto, no hay contradicción entre el ámbito de la fe y el ámbito de la razón²⁰, pero, además, tiene que haber conciliación y armonía. Se trata de la conciliación y la armonía entre el orden natural y el sobrenatural. Cada ámbito se puede decir que es completo en su orden, aunque pueden y deben prestarse mutuamente servicios en la consecución de la verdad, porque, en definitiva, ambos remiten a Dios que crea nuestra razón y que se manifiesta en la revelación. Naturalmente, deben dejarse claras las diferencias: en ambos ámbitos se desarrollan conocimientos con valor de ciencia; pero, mientras los principios de la filosofía son los primeros principios de la razón, que son evidentes por sí mismos, por el contrario, los principios de que parte la teología son las verdades reveladas por Dios.

En esta semblanza de Sto. Tomás que pretendemos presentar nos estamos olvidando de un aspecto fundamental: la persona a que nos estamos refiriendo tuvo como ejercicio profesional la enseñanza universitaria, básicamente en la universidad de París y, en menor grado, en la de Nápoles. Indudablemente sus clases no se verían tan concurridas como nos dicen sus biógrafos de no ser un buen profesor. Posiblemente no hay que buscar una especial originalidad en las líneas básicas del método o procedimiento de enseñanza. Aparte de las tareas de comentario a las que obligaba el **curriculum**, estaban prefijados los cauces ordinarios:

¹⁹ Cfr., por ejemplo, S. Agustín, *De vera religione*, c. 5.

²⁰ *Contra Gentes*, lib. I, c. 7.

lectio, quaestio, disputatio, determinatio. Ahora bien, en estos odres viejos se puede encerrar vino nuevo. Eso hizo fray Tomás: una inmensa erudición digerida, un ir al fondo de los problemas, una brillante claridad expositiva de la que nos queda el testimonio en la **Suma Teológica**, obra que él mismo dice que escribe no sólo para **profectos instruere, sed...etiam incipientes erudire**²¹. Por eso dirá a continuación que la escribe **eo modo..., secundum quod congruit ad eruditionem incipientium**. Y termina el prólogo afirmando que va a exponer los problemas con que tropiezan los que se están formando, **breviter ac dilucide..., secundum quod materia patiatur**. Está claro que la **Suma** es un ejemplo de cómo entendía el ejercicio de la docencia. Me parece que se deben subrayar sobre todo dos características: orden y claridad en las exposiciones. El orden que él mismo propone cuando nos dice que «las conclusiones y demostraciones de una ciencia están ordenadas, debiendo derivarse una de otra»²². La claridad es manifiesta en todas las obras que nos dejó, la mayoría de ellas como resultado de sus cursos docentes. Todo ello dentro de una férrea concisión expositiva.

Es curioso tener en cuenta la atención que dedicaba a lo que hoy llamaríamos la psicología del alumno. Así nos dice que los jóvenes tienen dificultades en alcanzar conocimientos metafísicos, mientras que pueden captar con facilidad los conocimientos donde interviene la imaginación, al paso que encuentran dificultades en los temas que sobrepasan los sentidos y la imaginación. Por eso, en filosofía, **congruus ordo addiscendi** empezará por la lógica, seguirá por la matemática, continuará con problemas de filosofía natural, de filosofía moral. De ahí se puede pasar a la metafísica y a la teología²³.

²¹ **Sum. Th.**, prólogo.

²² **Sum. Th.**, I-II, q. 54, a. 4, ad 3.

²³ **In Eth.**, lib. VI, lc. 7.

Podemos señalar como un rasgo más de su enseñanza una debida dosificación de moderación y de audacia. En cuanto a la moderación, uno de sus biógrafos, B. de Capua, nos dice que en las discusiones en que intervenía se manifestaba siempre **mitis et humilis, nullis verbis gloriosis et ampullosis utens**²⁴.

Sin embargo, en algunas ocasiones en que se ve envuelto, por fidelidad a su actitud intelectual, en polémicas y controversias, llevado por su amor a la verdad, va a retar a sus adversarios. Así sucede en la defensa de las órdenes mendicantes. «Y si alguien quisiera contradecir estos puntos, que no hable como un charlatán delante de niños, sino que escriba, y que haga público lo escrito, para que por los instruidos se juzgue qué es lo verdadero y, con la autoridad de la verdad, se refute lo que es erróneo»²⁵. Y todavía son más fuertes sus expresiones cuando reta a los averroístas a discutir con él. En efecto, manifiesta que, si alguien enfatuado con falsa ciencia «quiere decir algo contra lo que hemos escrito, que no ande hablando por las esquinas, ni delante de niños que no tienen capacidad de juzgar en causas difíciles, sino que, si se atreve, que escriba contra este escrito»²⁶.

Bien podríamos dar por terminada aquí esta semblanza del doctor Angélico. Pero no queremos cerrarla sin traer a colación algunos juicios de conjunto, tomados de pluma y voz más autorizadas que la nuestra. Y comenzamos por el P. S. Ramírez, uno de los españoles que mejor lo han estudiado y explicado. En la **Introducción general** con que se abre del primer tomo de la **Suma teológica** bilingüe de la BAC (1957) leemos lo siguiente: «Desde el primer instante superó a todos, incluso a los maestros más célebres y encanecidos en la cátedra, por su nuevo método de

²⁴ Apud **Introducción general** a la **Suma Teológica** de S. Ramírez. BAC, Madrid, 1957, p. 53.

²⁵ O. c., p. 55.

²⁶ **Ibid.**

enseñar, claro, conciso, profundo, preciso, y por su extraordinaria originalidad: cualidades que le granjearon una simpatía y una admiración sin límites por parte de los estudiantes»²⁷. En la monumental obra de Ueberweg, en el tomo II, dedicado a la filosofía medieval, nos encontramos este elogio: «Tomás es en realidad el escritor más brillante y el mayor elaborador de sistemas de toda la Edad Media. Nadie, ni antes ni después de él, hizo un uso mejor de las dotes y del arte de síntesis y de sistematización... Su **Suma Teológica**, la más esplendorosa entre todas las sumas medievales, una síntesis del más alto estilo en el campo del saber filosófico-teológico, significa el punto culminante del trabajo de sistematización en el medioevo»²⁸. Páginas antes calificaba al Angélico como la cabeza más brillante y el más grande sistemático de la Edad Media²⁹. Y terminamos con el juicio de un historiador de la cultura medieval: “Tomás de Aquino es el espíritu más preciso y vigoroso del siglo XIII. Lo que en su maestro Alberto, y todavía más en los otros teólogos, se presenta bajo una forma difusa, recibe en él clara expresión. Lo que en otras partes está mal dominado, traduciendo mal estímulos y fuentes, se encuentra en él integrado en una síntesis cuya unidad y simplicidad se presentan perfectas. Lo que en otros ámbitos era compromiso y conciliación, deja el puesto a una idea más profundamente elaborada que domina los diferentes aspectos de la cuestión. Es más aristotélico que ningún otro y, sin embargo, su teología es completamente religiosa”³⁰.

Terminamos ya. Esperamos no haber desfigurado la inmensa personalidad de Sto. Tomás. Creemos que no es vano celebrar nuestro patrono, uno de los pensadores más importantes de la historia. Un ejem-

²⁷ O. c., p. 15.

²⁸ *Die patristische und scholastische Philosophie*, p. 427.

²⁹ O. c., p. 419.

³⁰ J. Paul, *Histoire intellectuelle de l'occident médiéval*. Edic. citada, p. 348.

plo de esfuerzo intelectual, de inteligencia luminosa. Un ejemplo de fidelidad al imperativo de la verdad que puede servir de modelo a cuantos nos dedicamos a la tarea fecunda de la docencia universitaria.